

María Rosa de Madariaga

Marruecos, ese gran desconocido

Breve historia
del Protectorado español



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Las fotos n.ºs 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 31, 34, 35, 40, 41, 42, 45 y 48 proceden

del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Archivo General de la Administración (AGA),

Fondo Medios de Comunicación Social del Estado (MCSE), signaturas:

F-00918-00014-002; F-00918-00014-004; F-00738-00055-001; F-00738-00055-004;
F-03738-00051-002; F-03738-0005-001; F-03615-00038-001; F-03598-00061-001;
F-03859-00050-001; F-03736-00053-002; F-02999-00007-001; F-03615-00037-003;
F-03615-00037-001; F-03881-00033-005; F-03881-00033-002; F-03881-00033-004;
F-03615-00037-002; F-03859-00050-002; 81-10157-001; 81-10157-002

Las fotos n.ºs 22, 23, 24, 27, 28, 29, 30, 32 y 33, proceden de la Biblioteca Nacional de España (BNE)

Las fotos n.ºs 38 y 39 pertenecen al Archivo del Ministerio Francés de Asuntos Exteriores, París (AEF)

Las fotos n.ºs 43, 44, 46 y 47 pertenecen a la Agencia EFE

Primera edición: 2013

Segunda edición: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© María Rosa de Madariaga y Álvarez Prida, 2013, 2019

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2013, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-502-0

Depósito legal: M. 3.837-2019

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 13 Introducción
1. El juego de las naciones ante la nueva ofensiva colonial del siglo XIX
- 27 De la conquista de Argelia (1830) a la guerra de Tetuán (1859-1860)
- 49 Marruecos y el movimiento africanista español
- 59 De la política del *statu quo* al reparto del pastel colonial
2. El tratado de 1912, un «subarriendo» de Francia
- 89 Intereses mineros, conquista territorial y oposición a la guerra
- 115 La Primera Guerra Mundial y sus repercusiones en la Zona española
- 127 Los rifeños frente a la ocupación colonial: entre la colaboración y la resistencia
3. De Annual a la República
- 146 El desastre de Annual y sus repercusiones en España
- 164 Abd-el-Krim y la guerra del Rif
- 203 Fortalecimiento de los africano-militaristas en el Ejército español

4. La Segunda República española y Marruecos
 - 221 Repercusiones del advenimiento de la República en el Protectorado
 - 284 El nacionalismo marroquí y los hombres de la República
 - 313 Reformas, proyectos y obstáculos
5. La era Beigbeder
 - 334 Primera parte:
El triunfo de los africano-militaristas y la represión franquista en el Protectorado
 - 367 El movimiento nacionalista marroquí y el discurso demagógico del franquismo
 - 389 Segunda parte:
Francia, Inglaterra y la política de Beigbeder del *divide ut impera*
 - 423 El Rif, cantera de combatientes para el Ejército de Franco
6. Entre la cruz gamada y el Pentágono
 - 437 La Segunda Guerra Mundial y Marruecos
 - 455 El «proconsulado» de Varela
 - 479 Balance de una década
7. El virreinato de García Valiño
 - 496 La carta proárabe de Franco
 - 529 La amenaza secesionista de la Zona jalifiana
 - 558 El efecto *boomerang* de la política de García Valiño
- 601 Bibliografía
- 613 Índice onomástico

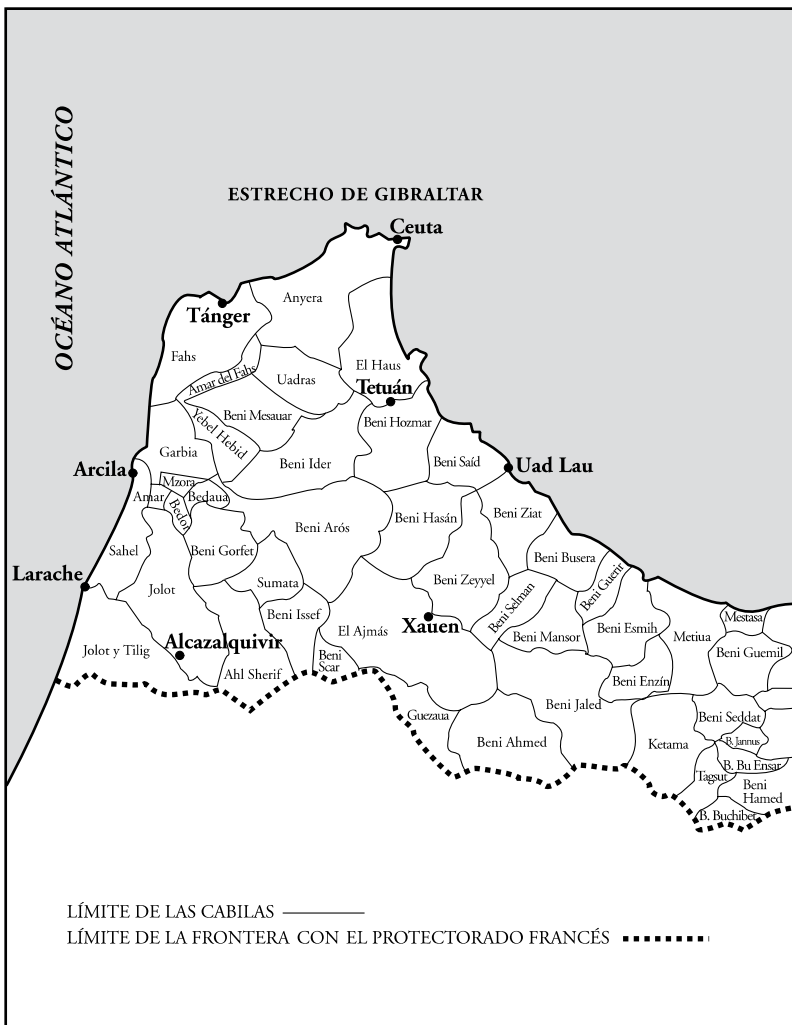
الإنسان عدو ما يجهل

El ser humano es enemigo de lo que ignora.

Proverbio árabe

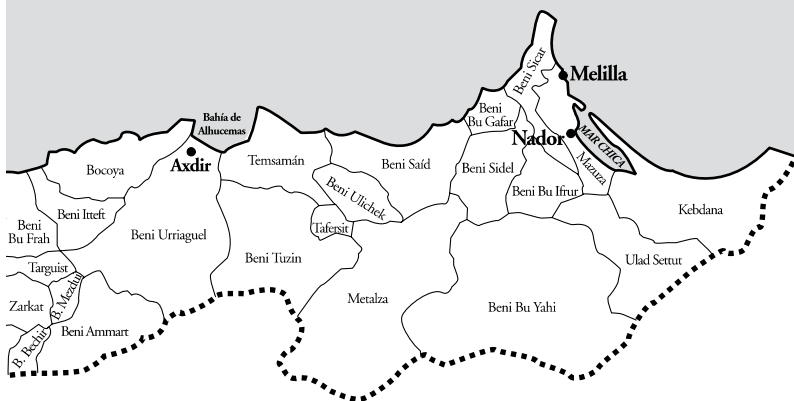
El Rif, junto al cual se ha realizado toda la historia occidental –no un pueblo remoto, perdido, sumido en medio de monstruoso clima e indomables montañas, sino ahí al lado, nuestro vecino–, es uno de los pedazos de tierra que quedan por descubrir.

José Ortega y Gasset,
El Imparcial, 31 de mayo de 1911



ZONA DEL PROTECTORADO ESPAÑOL
EN MARRUECOS
DIVISIÓN POLÍTICA

MAR MEDITERRÁNEO



Introducción

A pesar de todo lo que ya llevo escrito sobre las relaciones de España con Marruecos, quedaban aún muchas lagunas por colmar, particularmente para el periodo de la Segunda República y la Guerra Civil, que abordé sólo en parte en *Los moros que trajo Franco. La intervención de tropas coloniales en la Guerra Civil*, y, sobre todo, para el periodo franquista, que nunca traté en ninguno de mis libros y que va de 1936 hasta la independencia de Marruecos en 1956. Es decir, que abarca 20 años de los 44 de Protectorado.

Cuando se dispone de abundante documentación sobre un tema, como es mi caso para Marruecos, resulta difícil hacer una selección del material que consideraríamos más pertinente, porque todo nos lo parece. De otro lado, si para hacer una buena síntesis de un tema es preciso conocerlo a fondo, no es, sin embargo, tarea fácil, por ser el de Marruecos extremadamente complejo y

rico en aspectos y matices. A pesar de todas las dificultades, vamos a intentarlo. En esta introducción haremos una exposición resumida de los temas que nos proponemos tratar a lo largo del libro.

No voy a remontarme esta vez, como en otras ocasiones, a la Antigüedad o a la Edad Media para abordar, aunque solo sea someramente, las relaciones e intercambios entre los dos lados del Estrecho, ni siquiera a la Edad Moderna, con la conquista de plazas fuertes en el litoral marroquí desde la de Melilla en 1497, sino que iniciaremos nuestra andadura en el siglo XIX con las rivalidades de nuevo cuño entre las potencias europeas por el reparto colonial de territorios en Asia y en África. Empezaremos, pues, refiriéndonos al juego de las naciones ante la ofensiva colonial del siglo XIX, basándonos para ello en la extensa bibliografía sobre el tema, ya utilizada por nosotros en ocasiones anteriores y que actualizaremos con nuevas aportaciones.

Como es sabido, y no descubrimos con ello ningún Mediterráneo, la nueva idea colonial del siglo XIX tuvo su primera realización concreta en la conquista de Argelia por Francia en 1830. Aunque el pretexto que movió al príncipe de Polignac a lanzarse a semejante empresa, la lucha contra el corso berberisco, parecía aún corresponder a siglos anteriores, en realidad se iniciaba una nueva era. La implantación de Francia en un punto del norte de África y sus ambiciones expansionistas en Túnez y en Marruecos a partir de Argelia no tardaron en avivar las suspicacias y los recelos de otras potencias europeas. Paralelamente a la ofensiva francesa, asistimos al progresivo debilitamiento del Imperio jerifiano, particu-

larmente tras el golpe mortal que representó la derrota de las tropas del sultán Muley Abderrahman por el ejército francés en la batalla de Isly en julio de 1844.

En el capítulo 1 empezaremos, pues, con esta cuestión y otras necesarias para comprender los antecedentes de la implantación europea en el Imperio jerifiano, como son el régimen de protección, concedido a numerosísimos súbditos marroquíes, tanto musulmanes como judíos; el movimiento africanista español; la guerra de Tetuán de 1859-1860 y la de Melilla de 1893; la rivalidad colonial franco-británica, que tras el incidente de Facho-da de 1898 daría paso a la *Entente cordiale* de 1904, preludio del tratado de 1912; la reacción alemana, que llevaría a la Conferencia de Algeciras; la crisis de Agadir de 1911 y el posterior tratado franco-alemán de ese año, todo ello en un contexto de ocupación de nuevos territorios por Francia y España en una carrera para ganar posiciones en el Imperio jerifiano. Son hechos suficientemente conocidos del lector advertido, pero quizá no tanto del público en general, a quien va dirigido este libro.

Aunque el capítulo 2 aborda ya la etapa correspondiente al Protectorado, incluyo, sin embargo, en él acontecimientos anteriores, como la instalación de empresas mineras en el Rif oriental, la guerra de 1909 y sus repercusiones en España, y la ocupación de territorios antes de la firma del tratado de 1912, del cual destacamos su carácter de «subcontrato» o «subarriendo», en la medida en que España no firmó nunca ningún tratado con el sultán, sino con Francia, que, por presiones de Gran Bretaña, cedería la franja septentrional de Marruecos a

España como zona de influencia. Este periodo, que va hasta el desastre de Annual, ya ha sido extensamente tratado por mí en obras anteriores, particularmente en la titulada *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*, por lo que me baso fundamentalmente en ella, al igual que, para la parte relativa a las repercusiones de la Primera Guerra Mundial en el Protectorado, me apoyo en *Abd-el-Krim el Jatabi. La lucha por la independencia*. En cuanto al tercer apartado de este capítulo, relativo a la actitud de los rifeños ante la ocupación colonial, sigo de cerca las páginas que consagro al tema en el primero de los libros citados.

En el capítulo 3, que abarca la etapa que va del desastre de Annual a la República, vuelvo de nuevo a basarme en mis investigaciones anteriores sobre este periodo, tanto en lo que se refiere al mencionado desastre colonial, como en lo concerniente a la guerra del Rif y la figura del jefe de la resistencia rifeña y fundador del Estado rifeño, Abd-el-Krim el Jatabi. Para el tercer apartado de este capítulo, relativo al fortalecimiento de los «africanistas» –que yo llamo «africano-militaristas», por las razones que explico– en el Ejército español, después de terminada la guerra del Rif, me baso fundamentalmente en mi análisis sobre este sector del Ejército, que expongo extensamente en mi libro *Los moros que trajo Franco*.

Las repercusiones de la derrota de Abd-el-Krim fueron enormes, como ya lo habían sido las de la derrota de las tropas españolas en Annual en julio de 1921. Si esta última fue uno de los factores determinantes del golpe de Estado militar del general Primo de Rivera en 1923, la derrota del líder de la resistencia rifeña contra el colonia-

lismo español contribuiría a fortalecer al grupo de militares africanistas, que se alzaron contra el Gobierno legal de la República.

Con la llegada de la República en 1931 se inicia una nueva etapa, que es mi propósito abordar ampliamente, consagrándole un capítulo, el 4, particularmente extenso, porque no he querido fragmentar ese periodo, sino que constituyera un todo. Vilipendiada, objeto de duras críticas, tanto por parte de la historiografía franquista, como de la izquierda radical, la República aparece como el periodo en el que no se hizo nada en el Protectorado o lo poco que se hizo fue todo erróneo. Pero la documentación que he podido manejar me permite hacer un balance positivo de este periodo. Pese a las circunstancias económicas adversas y a la hostilidad de que fue objeto por parte de los grupos que habían hecho de Marruecos su coto privado, la República introdujo reformas, aunque no todo lo profundas ni importantes que la situación exigía. Por desgracia, la Administración siguió prácticamente en manos de los mismos funcionarios civiles y militares que habían servido bajo la dictadura de Primo de Rivera. Los cambios sólo afectaron a los niveles superiores, mientras que en los niveles medio e inferior permanecieron la mayoría de los que desempeñaban cargos en 1931. En tan corto espacio de tiempo, no fue posible hacer todo lo que la República se había propuesto: modernizar la zona, desarrollar los recursos para que fuera autosuficiente y moralizar la Administración, eliminando de ella la corrupción que la carcomía y que influía negativamente en la economía de la zona.

Aunque no de forma tan detallada y exhaustiva como el que comprende las tres primeras décadas del siglo XX, el periodo de la República y el posterior de la Guerra Civil, particularmente en lo que respecta al reclutamiento de miles de soldados marroquíes para el ejército de Franco y la política de las autoridades franquistas del Protectorado respecto de las cabilas y del movimiento nacionalista en la Zona Norte, fueron ya tratados por mí en *Los moros que trajo Franco. La intervención de tropas coloniales en la Guerra Civil*. En cambio, no había abordado nunca los años de la Guerra Civil en el Protectorado, tema que, por su importancia, es en este libro objeto de un capítulo particularmente extenso. En 1936 se abre en el Protectorado una nueva etapa bajo el régimen franquista, implantado desde ese año, que durará hasta la independencia de Marruecos. Este periodo, que abarca veinte años, todos ellos transcurridos bajo el franquismo, estuvo profundamente marcado por ese régimen, impuesto ya desde el primer momento, en 1936, en el Protectorado, cuando en la Península el pueblo en armas oponía una heroica resistencia a los militares sublevados. Esta circunstancia dará al Protectorado español del periodo franquista unas características muy particulares, que difieren de las que encontramos en aquellos años en otros territorios sometidos al mismo régimen colonial. La participación de miles de soldados marroquíes en las filas franquistas durante la guerra de España condicionaría el tipo de relación que se estableció en aquellos años entre «protectores» y «protegidos», caracterizada por todo un discurso demagógico, centrado en la pretendida «hermandad hispano-musulmana» o «hispano-marro-

quí». Aunque ni unos ni otros creyeran demasiado en esa «hermandad», fingían creérselo por conveniencia, estableciéndose así unos vínculos falsamente fundados en una relación de igualdad, pero que eran en realidad de inferioridad de los segundos respecto de los primeros.

Si ya la Primera Guerra Mundial había tenido importantes repercusiones en la Zona Norte del Protectorado, la Segunda las tendría aún mayores por la importancia geoestratégica del territorio. Las ambiciones expansionistas de Alemania chocaban con las de Gran Bretaña, como cancerbero del Estrecho desde su reducto de Gibraltar, y con el Imperio francés en África del Norte. Conviene resaltar que Marruecos, o más concretamente la Zona francesa, cobra en los años de la Segunda Guerra Mundial una importancia particular en las transacciones entre Hitler y Franco, como moneda de cambio del primero al segundo por la entrada del dictador español en la guerra como aliado de la Alemania nazi. En aquellos cambalaches entre los dos dictadores, en los que, como chalanes de feria, cada uno trataba de engañar al otro inflando sus pretensiones y el precio a pagar, faroleando como truhanes en el póquer, entran en juego los intereses de otras naciones como Francia e Inglaterra, concluyendo el chalaneo con la declaración de no beligerancia por parte de España y la apuesta de Hitler por Pétain y el gobierno de Vichy antes que por el dictador español y el problemático apoyo de una España exangüe y en ruinas.

De los tres periodos en que suele dividirse la etapa franquista del Protectorado —el de 1936 a 1939, el que va de 1940 a 1951, y el de 1951 a 1956—, en el de la Guerra

Civil el factótum de la política española en el Protectorado fue el teniente coronel Juan Beigbeder, primero como delegado de Asuntos Indígenas, y, luego, como alto comisario, interino desde diciembre de 1936, y de pleno derecho desde abril de 1937 hasta agosto de 1939, en que fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores. De Beigbeder cabe retener sobre todo dos cosas por las que Franco lo tenía en gran estima. En primer lugar, a él debió Franco el reclutamiento de miles y miles de soldados marroquíes para su ejército y la adhesión de los nacionalistas marroquíes al levantamiento franquista; en segundo lugar, la primera petición de ayuda al Reich fue un telegrama que Beigbeder y Franco enviaron a Kuhlental, a quien el primero había conocido durante su etapa de agregado militar en la Embajada de España en Berlín de 1927 a 1934. Falangista y ferviente partidario del Eje, Beigbeder, que conocía bien los medios dirigentes del III Reich y mantenía excelentes relaciones con los círculos nazis de Tetuán, era la persona idónea para establecer los primeros contactos con los alemanes. A pesar de que su carácter volátil e inestable y su afición por las «señoras exóticas», en palabras del propio Franco, hacían de él una persona poco fiable, el dictador español lo apoyaba y lo protegía, encontrando en él un excelente y fiel colaborador.

A la política y gestión de Beigbeder en el Protectorado, en los dos cargos arriba mencionados, está dedicado el capítulo 5. Considerando que no es posible abordar lo que fueron esos tres años sin referirse a la feroz represión que se abatió, no solo sobre las plazas de soberanía, sino también sobre el Protectorado, dedico una parte

importante de este capítulo al tema. También abordo extensamente la política demagógica de Beigbeder hacia el nacionalismo marroquí, que él mismo calificó como «administrar cloroformo a un paciente inquieto», sus métodos para enfrentar a Francia e Inglaterra, sembrando la cizaña entre ambas naciones, y, por último, su papel fundamental en el reclutamiento de miles y miles de marroquíes para el ejército de Franco.

Los siguientes altos comisarios, si exceptuamos a Asensio Cabanillas, que no estuvo más que de 1939 a 1941, desempeñarían el cargo una media de cinco años: el general Orgaz, de 1941 a 1945; el general Varela, de 1945 a 1951; y, por último, el general García Valiño, de 1951 a 1956. A los mandatos de Orgaz y Varela está dedicado el capítulo 6. Todo este periodo, caracterizado por la consolidación y extensión del movimiento nacionalista marroquí, corresponde también, durante los mandatos de Orgaz y de Varela, sobre todo durante este último, al de una implacable represión de los nacionalistas, con etapas, no obstante, de una mayor apertura y tolerancia, según las circunstancias. El Servicio de Vigilancia y Seguridad de la Delegación de Asuntos Indígenas (DAI) extendía sus tentáculos por todo el territorio y sus agentes daban regularmente cuenta a la superioridad de todo lo que sucedía hasta en sus más nimios detalles. No sólo eran los nacionalistas declarados los que estaban fichados, sino que las sospechas y, por tanto, la red de espionaje se extendían a toda la población. Todo marroquí era un «enemigo» en potencia, un posible «nacionalista», «masón» o «rojo», cuyos movimientos, palabras y relaciones era preciso vigilar y controlar. ¿Pero acaso en la

España de aquellos años no era también toda la población española víctima de un sistema policiaco que veía «masones» y «rojos» por doquier?

En la etapa Varela tuvo lugar el viaje de Mohamed V a Tánger y su famoso discurso del 10 de abril de 1947, en el que expresaba el deseo de que Marruecos pudiera acceder pronto a la independencia, identificándose así con la posición del Partido del Istiqlal y poniendo a las autoridades del Protectorado en una difícil situación ante el temor de que el paso del sultán por la Zona para dirigirse a Tánger pudiera provocar disturbios. Fue ésta una etapa de buen entendimiento entre las dos zonas, al coincidir la política represiva del general Juin, residente general francés de mayo de 1947 a septiembre de 1951, con la del general Varela, alto comisario español de marzo de 1945 a marzo de 1951.

La última etapa del Protectorado, de 1951 a 1956, con García Valiño como alto comisario, fue quizá la que más se presta a todo tipo de análisis y especulaciones, debido a los importantes sucesos que tuvieron lugar en la Zona: por un lado, la destitución por las autoridades francesas del sultán Mohamed V el 20 de agosto de 1953 y las primeras acciones del Ejército de Liberación de Marruecos en el otoño del mismo año; y, por otro, la política ambigua del alto comisario García Valiño en relación con el sultán depuesto y el nuevo sultán nombrado por Francia, así como con los nacionalistas marroquíes. García Valiño desempeñó un doble juego, mostrando al monarca depuesto su apoyo, que era puramente de boquilla, al dar por seguro, tanto él como el gobierno franquista, que Mohamed ben Yusef, como llamaban familiarmente

los marroquíes a Mohamed V, no volvería nunca a Marruecos. Las reticencias de García Valiño a reconocer al nuevo sultán Ben Arafa obedecían también al deseo de España de obtener a cambio de ese reconocimiento ventajas territoriales de Francia. El régimen franquista, aislado internacionalmente, esperaba también que la negativa a reconocer a Ben Arafa y la consideración como único sultán legítimo del depuesto Mohamed V, le granjearían la simpatía y la amistad de la Liga Árabe para tener su apoyo en las instancias internacionales. De otro lado, García Valiño abrigaba cada vez más designios secesionistas, según los cuales pretendería nada menos que coronar como rey al jalifa de la Zona Norte independiente o proclamar al jalifa sultán de todo Marruecos.

En cuanto al apoyo prestado por García Valiño a los resistentes de la Zona Norte, lejos de obedecer a cualquier simpatía por la causa de la independencia de Marruecos, se debía fundamentalmente al deseo de ocasionar el mayor perjuicio posible a los franceses, a los que detestaba, y, de rebote, conseguir que España pudiera conservar su presencia en la Zona como recompensa al apoyo prestado a la resistencia contra el colonialismo francés. Ilusiones vanas. Era totalmente irrealista pretender que una vez que Francia hubiese concedido la independencia a su Zona, España hubiese podido conservar la suya. Habría sido contrario al tratado de Protectorado, en conformidad con el cual el Imperio jerifiano era uno e indivisible.

Tras la restauración en el trono de Mohamed V en noviembre de 1955, los acontecimientos se precipitaron. A la declaración conjunta franco-marroquí del 2 de marzo de 1956, por la que Francia reconocía la independencia

de su Zona de Protectorado, seguiría la hispano-marroquí del 7 de abril del mismo año, en virtud de la cual España reconocía la independencia de la suya. Si la independencia de Marruecos no tuvo grandes repercusiones en la opinión pública, porque, como decía Franco Salgado-Araujo, en España no había nadie que deseara «nuevos derramamientos de sangre», los militares la acogieron con «cargas largas». No les agradaba «lo rápido e inesperado de la cesión de aquel territorio que España había conquistado palmo a palmo con gran sacrificio del Ejército español, regándolo con su sangre y gastando miles de millones», decía el primo de Franco. En efecto, el Ejército, para el que Marruecos era su coto privado, acogió mal la independencia, que consideró prematura e impuesta.

Como en mis libros anteriores, concedo una gran importancia al factor humano, razón por la que me detengo en trazar breves biografías o semblanzas de los personajes más sobresalientes, cuyas actitudes y comportamientos son inseparables de los hechos narrados. Éste es el caso de los altos comisarios, particularmente de la etapa franquista, y más concretamente Beigbeder, Varela y García Valiño. Siempre he sido una admiradora de Plutarco y sus *Vidas paralelas*, en las que la vida de un personaje sirve de pretexto para exponer los hechos históricos de los que fue protagonista o en los que tomó parte. Puede que a veces descienda en exceso al detalle o me detenga en cosas aparentemente anecdóticas, pero comparto con Plutarco la idea de que «a veces una broma, una anécdota, un momento insignificante, nos pintan mejor a un hombre ilustre, que las mejores proezas o las batallas más sangrientas».

En lo que se refiere a las fuentes utilizadas en este libro, además de la bibliografía existente sobre el tema, he consultado la prensa y los debates en el Parlamento. Respecto de las fuentes documentales de archivo, he consultado el Archivo General de la Administración (AGA), en Alcalá de Henares, el del Ministerio Español de Asuntos Exteriores, el del Ejército de Tierra francés (Archivos del Castillo de Vincennes, París), el del Archivo del Ministerio Francés de Asuntos Exteriores, que en 2009 trasladó sus fondos del Quai d'Orsay a La Corneuve, al norte de París, y el Archivo del Foreign Office (Londres).

Como ya dije en referencia a obras mías anteriores, he procurado que también este trabajo, aunque de carácter divulgativo, esté bien documentado. Muchos de los hechos históricos que aquí se exponen son, sin duda, conocidos del público advertido, si bien otros nuevos que incluimos contribuirán a dar una visión más cabal y un mejor conocimiento del periodo objeto de estudio. Nuestro propósito es que este libro ayude al lector a tener una visión global del Protectorado de España en Marruecos y una idea más ajustada de lo que representó.

Por último, el balance que hago del Protectorado, sobre la base de la documentación consultada, no puede ser más negativo. Mantener aquel tinglado costó miles de vidas humanas y millones de pesetas, solo para beneficio de unos pocos que hicieron allí su agosto y se enriquecieron gracias a negocios sucios como el estraperlo, los desfalcos y otras corruptelas. La mayoría de las fuentes consultadas coinciden en señalar la corrupción profundamente arraigada que invadía todos los ámbitos de la sociedad. Ello no quita para que hubiera allí personas

honradas, tanto civiles como militares, que trataron de cumplir lo mejor que pudieron con su obligación en las esferas de actividad en las que trabajaron: maestros, médicos, ingenieros, empleados del sector público o privado, etc. Pero el sistema era corrupto desde el inicio y lo siguió siendo hasta el final.